

GUÍA DE LECTURA 4

Orígenes de nuestra espiritualidad

INTRODUCCIÓN

La renovación de la vida religiosa es uno de los temas planteados desde el Concilio Vaticano II. El Decreto *PerfectaeCaritatis* señalaba en efecto los principios generales a seguir para la adecuada renovación de la vida religiosa (PC 2):

- seguimiento de Cristo según el EVANGELIO
- CARISMA y patrimonio propio de cada instituto
- comunión y participación en la vida de la IGLESIA
- situación y necesidades del MUNDO de hoy
- prioridad de la RENOVACIÓN ESPIRITUAL.

Al hablar de las fuentes de nuestra espiritualidad y analizar el *carisma* y *patrimonio propio* de la Orden, es preciso siempre tener en cuenta que *“Por su origen histórico, la Orden adquiere estos elementos esenciales, que constituyen su carisma: los principios fundamentales procedentes de la herencia monástica del Obispo de Hipona; las raíces eremíticas; los nexos peculiares provenientes de la intervención de la Sede Apostólica; la condición de Orden Mendicante. Estos elementos se fundieron tan estrechamente entre sí que constituyen la esencia misma de nuestra fraternidad apostólica”* (Constituciones OSA, 4).

Desde esta perspectiva, el Capítulo General 2007, que revisó y aprobó el nuevo texto de la Primera parte de las Constituciones, nos ofrece en su Documento conclusivo (1.2) la siguiente síntesis:

ELCARISMA AGUSTINIANO

Después de una seria reflexión sobre el tema, la Orden ha llegado durante los últimos decenios a un consenso sobre la identidad agustiniana, en la que se unen y complementan la rica herencia de la espiritualidad de san Agustín y su concepción de la vida consagrada con las características propias de las Órdenes mendicantes (cf. Const. 7). Elementos esenciales de esta identidad agustiniana son por lo tanto:

1.2.1. Desde san Agustín

La interioridad, la comunión de vida y el servicio a la Iglesia

Compartir la búsqueda de Dios desde la **interioridad**, con toda la riqueza y el dinamismo que encierra, de acuerdo al texto clásico sobre el tema, la invitación de Agustín a volver al corazón, a entrar dentro de sí mismo, a la profundidad, la reflexión y la autenticidad: *“No andes por fuera, entra dentro de tí mismo: en el hombre interior habita la verdad. Y si encuentras que tu naturaleza es mudable, trasciéndete a tí mismo, pero no olvides que al remontarte sobre las cimas de tu ser, te elevas sobre tu alma, dotada de razón. Encamina, pues, tus pasos, allí donde la luz de la razón se enciende”* (Vera rel.39, 72).

Compartir en **comunidad de vida** tanto los bienes espirituales como los materiales. Bajo diversas formulaciones y con diversas dimensiones (comunidad, vida social, amistad, koinonía, comunión y participación, compartir...), lo comunitario marca y caracteriza siempre la experiencia y el pensamiento agustiniano. *“Una sola alma y un solo corazón en y hacia Dios”* (reg. I,1) es seguramente la expresión más sintética y conocida del convencimiento básico de Agustín: no hay ninguna manera más plena de ser persona y de ser cristiano que vivir en comunidad.

Compartir el apostolado en comunidad al **servicio a la Iglesia**: ser *“servidores de la Iglesia”* (op. mon. 29, 37). Agustín descubrirá progresivamente, y aceptará generosamente, el compromiso de la actividad al servicio de la Iglesia, *“el servicio que debo a mi pueblo”* en sus propias palabras (ib.). Nunca pueden anteponerse los propios intereses o la simple tranquilidad personal a las necesidades de la Iglesia, *“pues si no hubiese buenos servidores dispuestos a asistirle cuando ella da a luz, no habiéramos encontrado ningún medio de nacer”* (ep. 48, 2).

1.2.2. Como Orden mendicante

La vida fraterna, la búsqueda de Dios, el deseo de seguir a Cristo pobre y la dimensión apostólica de la vida religiosa (ver *Carta del Prior General a la Familia Agustiniiana en el 750 Aniversario de la Gran Unión*, 2006).

La **vida fraterna**, a imitación de las primeras comunidades cristianas: el sentido comunitario marca especialmente la vida de los mendicantes, tanto en su dimensión interna (son todos hermanos, “frailes” y se gobiernan capitularmente) como en su actividad pastoral: formación de comunidades y extensión de la fraternidad también a los fieles laicos. Para los agustinos, de modo particular, esta vida fraterna en comunidad enriquece y da una identidad especial a todos los demás elementos de su espiritualidad.

La **búsqueda de Dios**, personal y comunitaria, que con frecuencia expresamos como la “dimensión contemplativa” de nuestra vida. Los mendicantes eran y querían ser hombres de Dios para el pueblo, desde una intensa vida de oración y estudio, una atención especial al culto litúrgico y una generosa dedicación al ministerio pastoral.

El deseo de **seguir a “Cristo pobre”**, por medio de la comunión de bienes y manifestado en una forma peculiar de practicar el voto de pobreza con un estilo de vida auténticamente sencillo y austero, cercano al pueblo, preocupado por su situación de injusta pobreza, semejante a la pobreza del mismo Jesús y de los apóstoles.

La **dimensión apostólica** de la vida religiosa, como respuesta a las nuevas necesidades de la Iglesia: la predicación y la docencia teológica en las universidades, recién fundadas, o en estudios propios, fueron por eso dos prioridades de los mendicantes, comprometidos a evangelizar la sociedad urbana desde dentro (conventos en las ciudades) con su presencia y su ministerio pastoral, fortalecido desde la comunidad.

Es preciso hacer notar que las características o elementos básicos de la espiritualidad mendicante vienen a coincidir en muchos aspectos, enriqueciéndose mutuamente, con los rasgos fundamentales de la experiencia y la doctrina de Agustín sobre la vida religiosa. Él nos enseña a no separar

nunca la interioridad, la comunión de vida y el servicio a la Iglesia. Y, de igual manera, la armónica integración de los elementos señalados como característicos de la espiritualidad mendicante es la que da a la misma su sentido y originalidad. La integración armoniosa de estas dos fuentes o dimensiones constitutivas de nuestra espiritualidad es fundamental para ser fieles a nuestra identidad, actualizar nuestro carisma, y responder a lo que hoy nos piden la Iglesia y el mundo. Cuando caemos en la tentación de elegir sólo uno u otro de estos elementos, empobrecemos nuestro patrimonio espiritual y también nuestra identidad como agustinos (Carta P. General, 2006).

ELEMENTOS FUNDAMENTALES DEL CARISMA AGUSTINIANO

(Cf. A. Purcaro OSA, Proyecto de revitalización de la vida religiosa agustiniana en América Latina. El aporte de la santidad comunitaria, Bogotá 2007).

La Orden de San Agustín, entre las órdenes mendicantes, es la que da a la fraternidad una dimensión más marcada de comunidad, y esto se debe a la gran influencia de su padre, maestro y guía espiritual, cuyo nombre lleva. Él ha indicado muy claramente el objetivo de sus comunidades religiosas: “En primer término – ya que con este fin se han congregado en comunidad -, vivan en la casa unánimes y tengan una sola alma y un solo corazón orientados hacia Dios”. La comunidad de alma y corazón centrada en Dios es el eje de la espiritualidad agustiniana. Es a nivel de la comunidad donde se comparte la vida, la búsqueda de Dios y el apostolado, tres elementos que se identifican como fundamentales para la identidad de la Orden.

Compartir la vida en comunidad, tanto bienes espirituales como bienes materiales

La vida de comunidad es normativa para el religioso agustino; es precisamente en este punto que pone énfasis especial Agustín en el seguimiento de Cristo, la marcada insistencia en la genuina vida de comunidad, hasta el punto de que las almas y los corazones de muchos que viven juntos se fundan en uno por la caridad y se centran hacia Dios. Esto quiere decir que la comunidad es el lugar privilegiado para encontrar a Cristo. Así escribió Agustín: “Confieso que con facilidad me entrego totalmente a la caridad de los que me son más íntimos y familiares... En esta caridad descanso sin preocupación alguna, porque allí siento que está Dios, a quien me entrego seguro y en quien descanso seguro”.

Esta unidad en la caridad es el verdadero corazón de la comunidad agustiniana. En el pensamiento agustiniano, no se trata de conseguir la perfección individual a través de una vida ascética y del aislamiento del contacto humano, sino más bien de buscar la fraternidad y en ella, y a través de ella, encontrar a Dios y alcanzar la madurez humana y cristiana. “Es un destierro la vida sin amigos” afirma Agustín. Dirigiéndose al pueblo en Hipona les dijo: “Hago todo esto con la única intención de que vivamos juntos en Cristo. Ésta es toda mi ambición, mi gozo, mi honor, toda mi herencia y toda mi gloria. Si yo sigo hablando y no me oís, yo salvaré mi alma. Pero no quiero salvarme sin vosotros”. Para él no hay manera más plena de ser persona y de ser cristiano que vivir en comunidad.

La edificación de una buena comunidad equivale a poner en práctica el mandamiento nuevo del amor a Dios y al prójimo. Esta vida en comunidad abarca el conjunto de la existencia humana concreta, poniendo en común la fe, la esperanza, los afectos, los ideales, los sentimientos, los pensamientos, las actividades, las responsabilidades a igual que las fallas, las limitaciones y los pecados. La posibilidad de compartir todo esto supone apertura a los demás, un sentido de pertenencia, de aceptación, de confianza y de apoyo mutuo así como una sensibilidad y una preocupación por los demás.

Para Agustín como para la Orden que lleva su nombre, la vida de comunidad tiene sentido por sí misma. No puede ser considerada como un mero medio para otro fin, útil o conveniente para algún trabajo. “La comunidad en sí misma es un apostolado de primer orden”, asegura el prior general Theodore Tack en un mensaje a toda la Orden (1974), es “nuestro primer apostolado, hasta el punto de que ninguna comunidad agustiniana será efectivamente apostólica, en cuanto comunidad en relación con las demás, si ante todo no se esfuerza seriamente en poner su familia en orden y en hacerse a sí misma una comunidad cristiana ejemplar”.

Compartir la vida en comunidad va más allá de sólo la comunión de bienes espirituales; más bien, compartir los bienes materiales es para Agustín el primer requisito y la primera condición para formar una auténtica comunidad de hermanos que viven unidos en armonía en la misma casa. Tampoco se puede limitar el concepto de comunión de bienes materiales a los miembros de la comunidad según el pensamiento agustiniano. Más bien, este desprendimiento y austeridad de vida debe extenderse a la realización de una sociedad más justa. Más aún, la vida en comunidad es una alternativa evangélica, un contrapeso al mal del individualismo y de la soledad crecientes en la sociedad contemporánea.

El aporte mendicante a esta característica netamente agustiniana se hace sentir también, ya que los ermitaños de Tuscia se habían establecido en comunidades, no viviendo en absoluta soledad sino formando pequeños grupos que se demostraban cada vez más abiertos al apostolado. La vida comunitaria no les era tan esencial en estos primeros agustinos pero, paulatinamente, les iba asumiendo una progresiva importancia. El estilo de vida de los mendicantes se diferencia mucho de la concepción de la comunidad vivida por san Agustín y sus comunidades en el norte de África en el siglo V, aunque el obispo santo ejerce una influencia decisiva. Frente a la vida monástica del siglo XIII, los mendicantes se caracterizan por la gran movilidad, cambiándose fácilmente de convento según las necesidades del apostolado. Por otra parte, los mendicantes intentaban volver a la radicalidad evangélica en la imitación de Cristo pobre, aplicando la pobreza no sólo a individuos sino también a la comunidad misma.

Compartir la búsqueda de Dios en comunidad

Encontrarse con Dios es un proceso continuo, con dificultades, adversidades y desánimos, sin duda. Pero san Agustín tenía la firme convicción de que Dios actúa a través de los seres humanos y afirma en su

Regla que podemos encontrar a Dios en las personas (“honren los unos en los otros a Dios, de quien han sido hechos templos”) . La inquietud por encontrar a Dios y orientar la vida hacia la unidad en él con los hermanos desemboca, necesariamente, en el tema de la interioridad o la búsqueda de la propia vida interior. Esta unión de corazones y almas tiene su fundamento en la belleza de la persona interior producida por la inhabitación divina que impulsa al ser humano hacia la plenitud, y es un segundo elemento esencial del carisma agustiniano.

“No andes por fuera, entra dentro de ti mismo, porque en el hombre interior reside la verdad” es uno de los muchos textos clásicos de Agustín que invita a volver al corazón, a entrar dentro de sí mismo, a la profundidad y a la interioridad. Esta interioridad es la nota que caracteriza toda la obra de san Agustín, abriendo los fundamentos de la moralidad y ofreciendo la posibilidad de desenmascarar soluciones engañosas. Conocerse a sí mismo depende de la capacidad de escuchar lo que Dios ha de decir sobre uno mismo. Pero el objetivo de la interioridad no es descubrir sólo a Dios, sino también a los otros en Dios. Para Agustín, mirar a Dios nunca significa dar la espalda a los hermanos ni a los problemas del mundo. De hecho, el camino de la interioridad lleva necesariamente a la solidaridad con los que sufren o los excluidos, asumiendo voluntariamente su causa, su dolor, su pasión, su cruz.

Para Agustín, la búsqueda de Dios es una obra comunitaria y sus frutos son para poner en común. Tenemos el testimonio de su gran amigo y primer biógrafo Posidio de la manera en que Agustín mismo se apresuraba para comunicar a sus hermanos todo lo que Dios le revelaba en la oración. Nada más normal que compartir con la comunidad, donde se encuentra a Dios, y ayudar a los demás miembros a conocer mejor al Padre común. Así también el testimonio de Agustín mismo en la comunidad germinal aunque transitoria de Casiciaco, donde ha expresado la voluntad de que cada uno comparta con los otros todo lo que fuera hallando en la búsqueda de Dios .

La interioridad exige tranquilidad, silencio y paz, pero no es un acto aislado ni individualista. Cada religioso está llamado a cultivar la vida interior y a compartir con la comunidad el fruto de su búsqueda de Dios. Compartir la fe es mucho más que ir juntos a la misma capilla, a la misma hora, para recitar las mismas palabras en la oración comunitaria. La oración en común y la celebración comunitaria de la eucaristía son formas de compartir la fe, pero es necesario también ser capaces de compartir la fe en comunidad en otros momentos de la vida, fuera de la capilla.

El principio de la interioridad nos lleva naturalmente al tema de la oración. La oración es un medio indispensable para el encuentro con Dios y ese encuentro no se realiza a espaldas de los hermanos. La oración personal y comunitaria son complementarias, pero para Agustín la oración en común reposa en personas que han aprendido a orar con todo el corazón y no solo repetir palabras. La ley fundamental de la oración para Agustín es la armonía entre la boca y el corazón, entre teoría y praxis.

El cultivo de la vida interior es una constante desde los orígenes de la Orden de San Agustín, presente en el ambiente de la Edad Media, época en que algunos la interpretaban en la línea de la fuga mundi, buscando la soledad y el encuentro personal con Dios, abandonando el apostolado directo. Los

agustinos han evitado la identificación entre interioridad y soledad, colocando la vida contemplativa directamente dentro de la vida comunitaria con el apostolado pastoral .

Compartir el apostolado en comunidad al servicio de la Iglesia

Esta tercera característica del carisma agustiniano, la del apostolado comunitario al servicio de la Iglesia, igual que las dos anteriores, tiene su fundamento tanto en la inspiración agustiniana originaria como en el hecho fundacional histórico.

Agustín vivió en carne propia la contienda existencial entre la contemplación y la acción. Su intención fue vivir una vida religiosa eminentemente contemplativa, dedicado al ocio santo. En cambio, fue elegido sorpresivamente para ser ordenado presbítero, obligado por tanto a reformular su santo propósito de una vida mayormente contemplativa. Más tarde, Agustín mismo recomienda a los religiosos no preferir la propia comodidad a las necesidades de la Iglesia . Para el obispo de Hipona, que se ha reconocido como obispo no para sí sino para los demás, la comunidad religiosa no puede quedar cerrada en sí misma, sino tiene como misión y tarea estar al servicio de toda la comunidad de la Iglesia .

La expresión “las necesidades de la Iglesia” puede resultar muy vaga, pero a la vez permite a los agustinos no identificarse con cierta tarea apostólica en particular, mientras les permite estar abiertos a responder con generosidad a las nuevas necesidades apostólicas que surgen con el correr del tiempo. El principio de fondo es que las necesidades de los demás determinan las formas del apostolado agustiniano y exigen, por tanto, la sensibilidad ante las situaciones emergentes y cambiantes de la sociedad y de la Iglesia. El servicio a la Iglesia es así también uno de los ejes fundamentales en el pensamiento de san Agustín. Para él, la Iglesia es el Cristo total, cabeza y miembros, y la incorporación a esta unidad se realiza en el bautismo .

Nuevamente, a partir de la fundación histórica a través de los papas Inocencio IV y Alejandro IV, la Orden de San Agustín ha sido llamada a constituirse para aplicar el carisma agustiniano a las necesidades de la Iglesia en aquel momento y en todos los tiempos y lugares. El punto de partida de las órdenes mendicantes fue el intento de restauración de los valores evangélicos, entre los cuales ocupan lugares principales la vida común y la pobreza. Junto a ellas se encuentra otro rasgo en la vida de los apóstoles e incluso del mismo Cristo, que es la predicación o ministerio apostólico . La dedicación al ministerio apostólico y a la cura de almas obligó a una presencia más significativa en las ciudades donde los principales conventos de la época fueron levantados. A estos rasgos la Orden de San Agustín puede añadir un cuarto, que es su especial vinculación con la Santa Sede. Todas las órdenes mendicantes están bajo obediencia directa de la Sede Apostólica, con el afán de sustraerlas de la dependencia episcopal. Pero en el caso de los agustinos el vínculo con la Sede Apostólica se refuerza de modo especial, ya que a diferencia de las otras órdenes, el fundador directo no es un Francisco o un Domingo sino la Iglesia misma .

Así se demuestra que el apostolado es en sí parte integral de la vocación agustiniana de acuerdo con sus orígenes, tanto de inspiración agustiniana como de fundación histórica en la época de los mendicantes. Queda claro que siempre existe la necesidad de examinar el empeño apostólico para averiguar si está respondiendo a las verdaderas exigencias actuales. La comunidad, a ejemplo de Agustín, busca el lugar y el modo de ser más útil en el servicio de Dios, a la Iglesia y a la sociedad .

En todo caso, el apostolado agustiniano es comunitario, no individual. Así lo recomienda Agustín en su Regla: “que ninguno trabaje en nada para sí mismo, sino que todos sus trabajos se realicen para el bien de la comunidad, con mayor cuidado y prontitud de ánimo que si cada uno lo hiciese para sí. Porque la caridad, de la cual está escrito que no ‘busca los propios intereses’, se entiende así: que antepone las cosas de la comunidad a las propias y no las propias a las comunes” . Así lo asume la Orden fundada por la Iglesia ochocientos años más tarde.

Un paso de mucho valor en el legítimo empeño de actualización post-conciliar ha sido la renovación de las Constituciones de la Orden de San Agustín, proceso que llegó a su conclusión feliz en el Capítulo General Extraordinario de 1968 realizado en Villanova, USA. El documento producido, después de varias consultas y redacciones previas, aportó claras orientaciones sobre el espíritu y la vida de la Orden. De igual forma, los elementos jurídicos y estructurales de la comunidad recibieron en esta revisión una orientación mucho más agustiniana, liberando la Orden de una normativa parcialmente vinculada a modelos organizativos poco acordes con la fraternidad apostólica querida por Agustín y normada por la Iglesia en su fundación original en el siglo XIII.

Pablo VI dirigió unas orientaciones y palabras de aliento a los miembros del Capítulo General de 1968, animándoles, primero, a comprender bien la importancia de efectuar su renovación interior; luego, revisar el modo de ejercer el apostolado con renovado empeño; y en tercer lugar, acomodar la legislación y modo de vida a las nuevas condiciones y exigencias del tiempo actual. Afirma que, de estos tres objetivos, la renovación interior “es el principal, dado que sólo la santificación personal de todos y cada uno de los miembros y de la comunidad en general hace posible que vuestra Orden consiga su propio fin y cumpla la misión que la Iglesia le tiene encomendada” .

A juicio de quien fue elegido prior general en el siguiente Capítulo General (1971), Theodore Tack, “la renovación en nuestro caso, ha aportado una revaloración completa del concepto de comunidad en la Orden.... El problema ahora consiste en trasladar esta revaloración de la categoría de las ideas a la categoría de la práctica” .

Quedan claros así la identidad y el aporte específico de la Orden de San Agustín, desde sus raíces e inspiración en su padre, maestro y guía espiritual en el siglo IV y evidentes en las características propias de la identidad mendicante asociada a la fundación jurídico-histórica en el siglo XIII: la vida comunitaria como una fraternidad en misión apostólica, con particular énfasis en la comunidad misma como lugar de encuentro con Cristo y promotora de la evangelización.

OBSTÁCULOS

La pérdida o el enfriamiento de una profunda experiencia de fe está con frecuencia en la raíz de algunos obstáculos concretos que podemos encontrar para la autenticidad y renovación de nuestra vida, afirma el mismo texto capitular del 2007, que enumera los siguientes:

Individualismo

Por diversas razones, se detecta hoy en nuestras comunidades un creciente “individualismo” (entendido como autonomía radical) que últimamente y a todos los niveles –de comunidad local, de circunscripción y de Orden– aparece, junto al activismo, en todas las evaluaciones que se han realizado en la Orden como uno de los aspectos de nuestra vida más contrario a nuestra espiritualidad y con consecuencias prácticas más graves. Un individualismo que se traduce en actitudes egocéntricas y de falta de sentido de pertenencia y compromiso definitivo, dificultad para asumir responsabilidades comunitarias, conflictos por la pertenencia a nuevos movimientos eclesiales. Todo ello dificulta grandemente la disponibilidad personal, la capacidad de compartir la fe, el discernimiento comunitario, el trabajo en equipo y la colaboración entre circunscripciones.

Falta de auténtica comunión de bienes

Con frecuencia hay serias incoherencias en el uso y administración de los bienes. No existe en muchas ocasiones una economía fraterna y centralizada; el materialismo y el consumismo, típicos también de nuestra cultura, no se quedan a las puertas de nuestras comunidades. La historia y la experiencia atestiguan que los abusos contra la pobreza están frecuentemente entre las principales causas de crisis e incluso de desaparición de comunidades e instituciones religiosas. Urge, en cualquier caso, buscar formas creíbles y actuales de vivir y testimoniar la comunión de bienes. *“No olvidemos que Agustín exigía poner todos los bienes en común como una condición para entrar en la comunidad, no como un objetivo a alcanzar con el transcurso del tiempo. Podemos honestamente preguntarnos a nosotros mismos cómo ser más fieles a este principio para testimoniar mejor una alternativa viable al sistema económico de nuestra sociedad, viviendo más en sintonía con la justicia y no sólo con la caridad”* (Carta del Prior General a la Familia Agustiniense en el 750 Aniversario de la Gran Unión, 2006).

Divisiones internas

A veces profundas y debidas a diversos motivos: estructuras que separan y enfrentan a circunscripciones, incluso dentro del mismo país; influencias culturales, como el espíritu tribal o los nacionalismos, que resultan más fuertes que el ideal de apertura personal y fraternidad comunitaria que debería caracterizarnos en la práctica y que bloquean las relaciones humanas, el funcionamiento del capítulo local y la colaboración mutua.

Miedo al cambio, actitud de rutina e instalación

“La resistencia al cambio y a la conversión parecen ser uno de los mayores problemas en la vida de la comunidad” (Rat. Inst. 45). Ciertamente, no se trata de cambiar por cambiar, sino de convertirnos y mejorar. Pero la edad y el paso del tiempo hacen que las personas y las instituciones –especialmente

aquellas a las que la identificación con “valores eternos” puede inclinar al inmovilismo- tiendan a instalarse y pierdan capacidad de cambio, ilusión y creatividad. Esto constituye un obstáculo para poder vivir la “novedad” del evangelio, dejarse interpelar por los signos de los tiempos, y encarnar hoy el corazón inquieto y siempre en búsqueda que caracterizó a Agustín. Nos cuesta trabajo cambiar a cada uno de nosotros mismos, renovar o adaptar estructuras de vida y gobierno, responder con impulso misionero a las nuevas necesidades del mundo y la Iglesia, ver más allá de los límites de la propia comunidad o circunscripción, estar abiertos a la realidad en vez de encerrados en nuestro pequeño mundo, asumir los desafíos de las “nuevas fronteras”. Es más fácil seguir como siempre y haciendo lo mismo de siempre, pero ya decía san Agustín que *“no es verdad lo que se dice, que una cosa bien hecha una vez no puede ser cambiada en modo alguno. Varían las condiciones del tiempo. Y la misma recta norma exige que se cambie lo que con anterioridad estaba bien hecho. De tal manera que, mientras que algunos dicen que no se obraría bien si se cambiase, la verdad proclama por el contrario que se haría mal en no cambiar; así pues, ambas cosas estarían bien hechas, teniendo en cuenta que han cambiado porque también son distintos los tiempos”* (ep. 138,1,4).

Envejecimiento de los hermanos y disminución del número de jóvenes,

que impide llevar adelante muchas de nuestras actividades tal y como venían organizándose hasta ahora.

PREGUNTAS

- 1. ¿Qué elementos de nuestro carisma te parecen más importantes hoy para renovar nuestra vida, nuestro testimonio y nuestro servicio en la Iglesia y el mundo? ¿Por qué?**
- 2. ¿Qué deficiencias o incoherencias encuentras hoy, a la luz del carisma agustiniano en nuestra vida personal y comunitaria? ¿Qué hacer para superarlas progresivamente?**
- 3. Desde tu realidad, ¿están afectando negativamente a nuestra vida alguno de los obstáculos señalados en el Capítulo General 2007? ¿Cuáles, cómo y por qué?**